

rias del sabio en esta década [1870-1880], con las de la década siguiente, y de que trataremos luego. Del mismo modo: las magnificas odas de Olivo, las composiciones ligeras de Juan J. Barrera en "La Ortiga," así como los discursos de Vicente B. Treviño, el mismo Juan J. Barrera, y Hermenegildo Maldonado, muestran ya la próxima florecencia que aparece en "El Horario," "Flores y Frutos" y "La Revista," con los Gorostieta y los Duclós, con Ricardo M. Cellari, Jesús Garza Flores, el mismo Sánchez Olivo, y otros que veremos en la década siguiente [1880-1890] Algo hemos dicho de "El Horario," diremos aún de Flores y Frutos, con lo que terminaremos el *Libro II* de esta *Sección*. Hasta 1888, será el Dr. González el hilo conductor en este Estudio de nuestras letras.



CAPITULO V.

Ultimos años del Dr. José E. González. Apoteosis: sus Ultimas Obras.

(1880-1890.)

No entra en el plan de esta obrita decir de los cambios políticos y de la decadencia que tuvieron lugar de 70 á 77, en que comenzó la nueva impulsión comunicada á la marcha pública de la nación, que no nos corresponde juzgar, sino tan solo seguir los progresos cumplidos en nuestra cultura y nuestras letras, de que fué alma y motor en el Estado el benemérito y sabio mentor de la juventud nueva, Dr. José E. Gonzalez. No ataques apasionados é injurias de una prensa procaz é insultante, á que él mismo con su moderación y prudencia había dado *rienda suelta*, y todas las libertades que la nación se permite en esos casos, ni los cambios militares y civiles que siguieron después de su prudente gobierno disminuyeron su prestigio, ni disminuyeron la producción abundante y utilísima de sus obras, que continuó, como hemos visto, por toda la década anterior para llegar, como lo veremos en ésta, á un su punto último y culminante, hasta su muerte - (1888).

Solo un acontecimiento importante se verificó en la década anterior, y de que debemos indicar transcendencia y resultados; él es: la creación de las escuelas de medicina y leyes, que englobadas desde el año de 60 en el Colegio Civil, obtuvieron con él la protección del Estado, hasta que se dejó, como era de justicia, tal protección á la Procuraduría solamente. Comprendiendo el sabio Doctor el espíritu de

los tiempos, provocó con el gobierno, y de él obtuvo tal separación (1877), siendo él mismo ante aquél, y el Congreso, el alma y promotor de tal separación. Quedó él también con su influencia y su prestigio como Director Universal é Inspector General de la Instrucción nuevoleonense, de que era, por derecho, soberano y único señor. Todos los que ocupaban los puestos importantes del Estado, desde el Gobernador Lic. Genaro Garza García, los miembros del Congreso y los Magistrados, eran sus discípulos, á quienes trataba con aire paternal, sencillo, y de quienes recibía el pago en moneda de afecto profundo y sincero. Los literatos y los poetas que habían cantado en los revueltos tiempos de la *Intervención*, Ignacio Martínez, Pedro J. Morales, Hermenegildo Dávila; los nacidos después á la vida de las letras, ó á la carrera profesional, Juan B. Sánchez Olivo, Enrique Gorostiza, Adolfo Duclós, Ricardo M. Cellard, Jesús Garza Flores, Vicente Garza Cantú, que en "El Horario" primero, luego en "Flores y Frutos," y en "La Revista" [1880-1885], el mejor periódico literario-político que se ha publicado en Nuevo-León, todos, decimos, lo reconocían y consideraban como á sabio y maestro, y como principal actor de la cultura nuevoleonense. El mismo Miguel F. Martínez, actual Director de la Instrucción Primaria en el Distrito Federal, al- ma á su vez de la Instrucción normal del Profesorado nuevoleonense en estos últimos tiempos, le debía y reconocía al Dr. González, como los políticos, los literatos y los profesionistas, las consideraciones y el honor de tal dirección y del primer puesto en la cultura general nuevoleonense. ¿Como admirarse, así, de que al recobrar la vista en 84, y luego á su fallecimiento en 88 haya recibido honores casi divinos?

Pero no adelantemos: véamos sus producciones y sus actos, que no desdijeron en esta época de las de tiempos anteriores; antes creemos que en ellas, que en esas producciones, contiene lo más literario y bello poéticamente, como íntimas, sin que su anterior erudición y ciencia falte en algunas de las mismas, según se desprenderá del somero análisis que haremos en éstas líneas.

Con su "Discurso sobre el Estudio de la Botánica," —y un catálogo de plantas clasificadas (Flora de Monterrey) que publicó en 1880, ya casi ciego (1),— y el que pronunció, netamente oratorio, en la

introducción de premios" á los niños de las escuelas Oficiales en el mismo año, inauguró, díganoslo así, la producción importante científica, y la más bella literariamente con que el erudito y filántropo Director, y benemérito ciudadano, enriqueciera nuestra cultura y nuestras letras. Da principio la década bien abundante de las manifestaciones progresivas de esa misma cultura en todos los géneros literarios, con excepción del dramático, en que solo en pequeñas piezas, y muchos años después, se han empezado á ver representadas entre nosotros.

La primera obra del sabio que va mencionada es, ciertamente, un laborioso estudio, en que él logró reconocer 360 plantas cultivadas y silvestres que se desarrollan en Monterrey, y, en gran parte, del Estado de Nuevo-León, y de que el mismo sabio, en el eruditísimo discurso que precede al citado "catálogo," expresa que

Luis Bernardier, botánico de la comisión de límites, que regentó el General Mier y Terán, estudió y clasificó, en Texas, Nuevo-León y Tamaulipas [1824-1825].

Como en todas sus obras anteriores, lo que domina en ese trabajo es su erudición profunda, y la fácil sencilla y rápida exposición, que revela desde luego al maestro avesado, al sabio profundo y concienzudo, al escritor didáctico, metódico, claro y preciso: la historia de los lentos progresos de esta ciencia en México, es digna de consignarse. Dice, refiriéndose á esos lentos progresos, lo siguiente:

Después de los trabajos de Hernández á quien llamaron el Plinio mexicano por su obra "Tesoro de las cosas medicinales de la Nueva España, é Historia de las minerales, vegetales y animales mexicanos", El Gobierno español nada hizo para impulsar el estudio de Historia Natural. La decadencia de la monarquía española que comenzó con la muerte de Felipe II, que creció bajo los Felipes, III y IV, y llegó al extremo en el reinado de Carlos II, alcanzó también á las letras; se desatendió la enseñanza, el mal gusto cundió por todas partes, y las escuelas se plagaron de los embrollos de la dialéctica y de las sutilezas de la Teología, desatendiendo lo principal en todas las ciencias.

Luego refiere el renacimiento suscitado por Felipe V, y continuado por Carlos III, en que todas las ciencias fueron impulsadas, y en que florecieron Gómez Ortega, Palau, Bernaldes, Villanove, Sessé, Llorenç, y el famosísimo Cavanilles; y termina con estas frases:

En 1787 envió el rey (Carlos III) que se establecieran Jardines Botánicos en las grandes ciudades de sus dominios, y que en ellos se enseñara la ciencia de las plantas.

Continúa diciendo que á México fué enviado don Vicente Cervantes, y que bajo su dirección se abrió una Cátedra de Botánica; [1788], y hace la observación de que desde la venida de Hernández á la de Cervantes y Sessé transcurrieron 200 años:

tan lentas así fueron las disposiciones de aquel gobierno para el estudio de las ciencias naturales!

Luego refiere cómo en tiempo de Cervantes vinieron Humboldt y Bonpland, y cómo dieron gran impulso á ese estudio, y al de la Botánica principalmente. Enumera los primeros botánicos mexicanos, Maldonado, Bustamante, Cervantes (hijo), Larreategui, Bernat, Peña y Monroy, y á los señores Sessé y Mociño que formaron la *Flora Mexicana*; ni olvida á Mayoli, Foran, los Cal, á don Pablo de la Llave y don Juan Lejarza, juntamente con don Luis Berlandier, á quien tanto debe la Flora de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, completando con abundantes datos de erudito un cuadro completo de los progresos de las ciencias naturales en la nación y el Estado, y estimulando el estudio de tales ciencias: todo de fácil consulta, constituyendo utilísimos materiales para la historia de las ciencias en nuestra patria. Tal es el carácter dominante de las obras del educador por excelencia, y del maestro: el estímulo que favorece, la enseñanza que contiene, y la utilidad general, y que pudiéramos llamar extrínseca, que esas obras proporcionan.

Pasa así con el discurso que pronunció en ese año en la distribución de premios á los niños de las escuelas oficiales, y á que ya nos hemos referido: pues que en él pinta un cuadro tan completo de los progresos de la instrucción en el Estado, y con tal abundancia de datos, que habrá de consultársele, necesariamente, cuando se trate de ese asunto; pudiendo decirse que no hay documento de los archivos del Estado, ó Municipio, á ello conducente, que no haya visto, que no lo cite, ó que no se refiera á él, cuando menos. Es elocuente al expre-

por los esfuerzos de los primeros legisladores y gobernantes, en estos términos:

Nuevo León, pequeña provincia del Virreinato, fué elevado repentinamente á la categoría de Estado libre y soberano. Pasó, por decirlo así, de las tinieblas á la luz, y en tal momento debió quedar deslumbrado, atónito y absorto; pero en medio de su turbación pudo distinguir á ciertos hombres, notables por su abundancia y brillantez de sus luces, y á ellos se dirigió, puso su suerte en sus manos, encomendándoles la ardua empresa de constituirlo.

Ya hemos visto, en efecto, cómo los legisladores del año de 25, los gobernantes como don Joaquín García, habían dictado excelentes medidas en favor de la Instrucción primaria, haciéndola *gratuita* y *obligatoria*, y procurando la reorganización del Seminario y completándole con la cátedra de Leyes, y la de Clínica y Farmacia en el pedáneo "Hospital del Rosario." Que en cuanto á la secundaria ó preparatoria, el mismo Dr. González, que tanto elogiaba el proceder de aquellos conspicuos gobernantes, era el ejemplo vivo y palpitante que no faltaron hombres que la impulsaran, guiándola por el camino del progreso.

Sus Lecciones Orales sobre la Historia de Nuevo León, es el mejor ejemplo de aquella vocación de maestro que tuvo aquel hombre extraordinario, pues que esa obra son los apuntes que *dictó* en el dilatado camino de México, un año antes de terminarse la vía férrea, (1882,) y cuando extinguida ya la luz material de los ojos, la encendía la propia del espíritu, sin poder consultar su libro con el inexhaustible material acumulado en su felicísima memoria, que grababa palabras, ideas y nombres de modo indeleble. Solo así se explica que conservara nombres de las tribus bárbaras que poblaban los vastos territorios de los hoy Estados de Nuevo-León, Coahuila y Tamaulipas; Gobernadores hoy del Nuevo-Reino, y fecha en que vinieron, que duraron en su cargo; tiempo en que se dictaron las grandes disposiciones, y sus resultados próximos y lejanos, y marcha general del progreso político y social de esta Provincia, desde su conquista hasta la Independencia. (2)

Luego de haber dictado "La Higiene Pública—Sepulturas," en ella se manifiesta el Milton nuevoleonés su erudición y su ciencia, [3]

pasó una cosa extraordinaria, pudiéramos decir mejor, *prodigiosa*, como su memoria, como *prodigiosos* habían sido sus afanes por el bien común, como *prodigiosa* había sido su filantropía. El sabio y filántropo nuevoleonés, más feliz que Milton, volvía de New-York con la vista que había huido de sus ojos, y que le permitió repasar de nuevo sus queridos libros, reconocer á sus amados discípulos, que lo eran todos los que ocupaban puestos importantes en el Estado, como á todos aquellos á quienes había prodigado, directa ó indirectamente, los tesoros de su ciencia ó de su filantropía. Lo probó así, el que Monterrey y el Estado,—en todo el trayecto éste de la línea férrea hacia Laredo y Nueva-York,—se conmovieron profundamente, acudiendo en masa, con sus autoridades—siendo el *ovacionado* un particular,—los niños de las escuelas, con banderolas y gallardetes, batiendo palmas de entusiasmo, cantando himnos *al saber* y á la *virtud* cuya letra era del maestro, y pronunciándole en plena marcha, solo detenida para agasajarle con sentidas alocuciones, al son de las músicas, dándole cumplidas parabienes, y felicitándose á sí mismos y al Estado por el fausto suceso, que se consideraba como un bien público, de haber recobrado la vista el filántropo, el sabio, el maestro! Monterrey, como debe suponerse, fué el centro y núcleo de ese apoteosis: de él salieron centenares de personas respetabilísimas que fueron á la raya del “Bravo:” y se trasladó á la Estación del Nacional en el momento del arribo del docto y filántropo González; y los millares de niños de las escuelas oficiales, los estudiantes del “Colegio Civil,” los de leyes y medicina, formaban valla inmensa por donde debía pasar el maestro. ¡Espectáculo hermoso, en que no sabemos que admirar más, si al sabio que supo grangearse tal afecto, ó al pueblo que lo comprendió en toda su grandeza!

Toda esta grande y sublime *apoteosis* está de mano maestra narrada por el mismo sabio en la alocución que dirigió á la sociedad de Monterrey, en la magnífica velada tributada en su honor, y que en nuestra opinión, la mejor obra literariamente, y la más bella de cuantas escribiera, si bien la más corta, y la única que versa sobre asunto netamente sentimental y poético.

No deja de ser en esa alocución el erudito y el sabio, que invoca

al lexicógrafo y al salmista para encontrar palabras y expresiones con que significar su gratitud y sus afectos; pero, con todo, se advierte que la erudición y la ciencia suyas no había cegado las fuentes de lo bello literario ó artístico.

No extrañéis que yo no pueda decir con precisión qué cosa es *agradecer*, pues los más célebres lexicógrafos han podido hacerlo,—

Tal expresa el sabio al entrar de lleno en el asunto de su bellísima oración,—que continúa de este modo:

Yo, después de pensarlo mucho, me he fijado en que agradecer es reconocer y confesar un favor recibido, queriendo y procurando siempre pagarlo de la mejor manera posible. Por tanto, yo reconozco y confieso que de los moradores de Nuevo-León, nacionales y extranjeros, he recibido desde que estoy entre ellos, etc.

Aquí aun se advierte al sabio, al psicólogo que trata de escudriñar la naturaleza de las cosas, más que de expresar de modo artístico ó bello lo que siente, pero luego, en una serie de interrogaciones, recurso retórico á que era tan dado el maestro, enumera con expresión de las pruebas de afecto que le dieran desde su discípulo Dr. Juan de D. Treviño y el jóven Juan Rivero, que lo acompañaron y le protegieron toda clase de atenciones en su viaje, hasta los gerentes y empleados de los Ferrocarriles nacional y urbano,—que hicieron como él dice, “algo más que felicitarlo;—en esa serie de interrogaciones, repetimos, ya se manifiesta como debe ser, sentido, pues que expresa, por ejemplo, lo que sigue:

.....¿Quién soy yo para que los Ayuntamientos mandaran sus comisionados ofrecirme sus consideraciones? Quién no se enterneció al ver en Salinas Victoria aquella larga fila de niños hermosísimos, vestidos de blanco, y adornados con bandas tricolores, salirme al encuentro cantando con la música del himno nacional, unos versos compuestos por mí hace más de veinte años?...Y en vista de todo lo expuesto.

¿Qué podré yo hacer para retribuir á mis amigos los nuevoleonéses tantos favores como de ellos he recibido. para retribuirles, digo, no debidamente, sino de alguna manera, y en una pequeña parte? Ciertamente que ya muy poco ó nada podré yo hacer para pagar tan inmensa deuda; pero una gratitud eterna para mis amigos..... y esto es lo único que puedo ofrecerles, porque la vejez

y los achaques que le son inseparables me han de permitir que le hagan tan poco, que será lo mismo que nada.

En estas palabras se advierte en medio de la sencillez y naturalidad de su estilo, que es en él como una segunda naturaleza, al que siente y dice como literato y como artista las emociones de su alma. Mas aún al narrar la serie de sus impresiones, desde que cegó hasta aquel momento. No insertaremos, por no extender demasiado este capítulo sino breves frases de los puntos culminantes de esta oración famosa. Dice en esta narración:

Así vivía tranquilo y satisfecho, dando gracias á la Providencia, porque me había puesto en medio de un pueblo tan benévolo; por que me había dado muchos y buenos amigos, y porque me había dado también, cosa muy rara buena y agradecidos discípulos.

Expresa cómo quedó ciego afectado de cataratas; y tiene frases como éstas:

Aun en este estado tan triste el cariño de mis conciudadanos me proporcionaba algunos momentos de satisfacción: mis discípulos me acompañaban con frecuencia, me leían cuanto quería, me llevaban á visitar sus enfermos, y á donde quiera que ellos creían que me sería grato ir, si salía solo, el primero que me encontraba me daba el brazo para acompañarme; y esto lo hacían no solo mis discípulos, sino cualquier ciudadano. ¡Cuántas veces pasando por la puerta del taller de un artesano, éste dejaba la obra que estaba haciendo, corría á darme su auxilio, y me acompañaba hasta donde yo quería! ¡Cuántas veces yendo solo por una calle venía corriendo un niño á ofrecerme su tierna mano para guiarme hasta mi casa! Estas cosas que para otros serían insignificantes, para mí eran muy satisfactorias.

De su vuelta de Nueva-York, curado ya, se expresa así:

Venía yo de Nueva-York contento y tranquilo, en unión de mis fieles compañeros, bendiciendo á Dios, y á la ciencia y habilidad del Dr. Knapp, que en mi vejez me habían devuelto con el uso de la vista la alegría de la juventud, cuando hé aquí que al atravesar las riberas del Bravo oí repentinamente las sonoras y agradables notas del Himno Nacional Mexicano, que levantando la cabeza ví la ribera derecha poblada de algunos centenares de personas, cuyos rostros eran para mí bien conocidos. Todos, incluso los músicos eran amigos míos, que, abandonando sus hogares, se habían lanzado á ochenta leguas de distancia para ir á encontrarme en aquel punto.....

Continúa con sencillez, empleando rasgos sublimes, como está

Yo no se lo que sentí en aquel momento, mi primer impulso fué postrarme á tierra y besar el suelo santo de la patria; pero estaba apoyado en los brazos de mis compañeros de viaje, y no pude hacerlo. Entonces marché como empujado por un impulso superior y me encontré rodeado de mis amigos, etc.

Habla de las magníficas recepciones que le hicieron en Lampas de Bustamante, Villaldama, Salinas y San Nicolás de los Garzas; y narra su arribo á esta ciudad, de este modo:

Llegamos por fin á Monterrey: la multitud era inmensa; no me acuerdo haber visto otra tan numerosa.....La muchedumbre que llenaba las calles, desde la plaza hasta la Catedral, era numerosísima; los niños de las escuelas, privadas y públicas, á manera de soldados, formaban una valla vistosisima que era sin duda, el mejor adorno de esta fiesta.....

Después, cuando reflexiona sobre los hechos que constituyen el objeto de este relato, encierra la magnífica oración frases que se graban profundamente; tales como estas:

Y en estos tres días, que forman la época más señalada de mi larga existencia ¿qué sentí? ¿qué pensé? Yo creo que cualquiera puede imaginarlo, pero yo no podré decirlo. Un verdadero tumulto de ideas y sensaciones, que no me dejaba ordenar mis pensamientos, ni darme cuenta de lo que pasaba; una emoción continua, un alborozo incesante, eso era todo: si estaba despierto, era un tronido que nada discurría; y si llegaba á dormir era para ver turbas inmensas de niños, y encontrarme rodeado de millares de niños, los unos agitando en el aire sus banderitas tricolores, y los otros palmoteando con entusiasmo.

Para pintar esos sentimientos compara oportunamente los suyos con los de angustia del profeta, que solo expresa:

que lo habían cercado dolores de muerte, que sus huesos habían sido consumidos, y que su alma había sido derramada como el agua, y otras expresiones de cosas que son por su naturaleza misma indescriptibles.

Continúa:

Como quiera que sea, yo en esta vez he llegado á conocer la grande estimación que me tienen, y no puedo menos que exclamar: ¡Oh dichosa ceguera que me has hecho ver semejantes demostraciones de aprecio! Como excelente lógico, concluye sus bellas y profundas reflexio-

nes, y con ellas su pieza oratoria, con la hermosa máxima de Cicerón: *Sine amicitia vitam esse nullam*, y que traduce amplifiadamente de este modo:

.....la felicidad y el bienestar no estriban ni en las riquezas ni en los honores, sino en tener muchos y buenos amigos!

Con este pensamiento da unidad y fin, á la más bella y sentida de sus obras.

Como de sus «Apuntes para la historia de Coahuila» no se ha hallado más que un centenar de pliegos, y los tratados que él menciona en carta particular dirigida al Lic. Hermenegildo Dávila, ó sean, el de «Obstetricia,» el de «Patología General,» y el de «Raíces Griegas» se han perdido, diremos de su última producción que es esa carta, que figura manuscrita en la magnífica edición que de la ovación tributada al querido maestro hizo, —coleccionando crónicas, discursos y poesías, —«La Revista,» el mejor diario literario y político que se ha publicado en Monterrey, y sobre el que tendremos que volver en tiempo oportuno, así como sobre el libro que con tal motivo dió á luz el magnífico periódico.

Preguntaba al Dr. González su discípulo el Lic. Dávila acerca de varios puntos importantes de su vida, como para completar los apuntes biográficos del maestro, que ya había escrito, y que figuran en el libro publicado por «La Revista,» ya mencionado; y el Doctor le contesta individualizando hechos, fechas y escritos suyos á partir de 1869 en adelante, ofreciendo sumo interés lo relativo á sus discursos y obras literarias, —que mucho nos sirvieran en este análisis que de ellos hemos hecho, —y lo que corresponde á sus intimidades respecto de política, y que condensa en las frases siguientes:

Puedo asegurar á Vd. que de 69 á la fecha, una sola cosa me ha sido amarga, y es la siguiente:

Yo era y había sido muy apreciado de los nuevoleonenses; y esto lo sabe Vd. mejor que yo; pues bién, no más fui nombrado Gobernador Constitucional, cuando ví reducido el número de mis amigos á una cuarta parte: las otras tres cuartas partes se me separaron, me veían de *rojo*, y censuraban, agriamente, todos mis actos, aun los más inocentes y justificados. Establecieron hasta tres pe-

riódicos, para hacerme la oposición más sistemática é injusta. Yo había sido nombrado sin pretenderlo, y de mí nadie podía esperar ningún mal.....¿por qué, pues, manifestaban tanta animosidad contra mí? No lo sé; pero sí puedo decir que ví prácticamente cómo la maldecida política mueve y exalta las pasiones, haciendo al hombre enemigo encarnizado de todo el que no es de su partido, en términos de hacerlo atropellar todo, y romper los sagrados lazos de la sangre, de la amistad y del agradecimiento.

Lo que más me amargaba—continúa aún más sentido é insinuante—era ver en el bando contrario á muchos de mis amigos más íntimos, á algunos de mis queridos discípulos, y aún á parientes míos muy cercanos. Gentes que me habían menester, ya como médico, ya como amigo ó ya como protector, me hacían la *oposición* y trabajaban contra mí cuanto podían.

Este estado violento duró dos años, hasta que habiendo sido postulado segunda vez para Gobernador en 75, renuncié la candidatura, suplicando á mis conciudadanos que *que no me dieran votos para ningún empleo público*, protestando que solo quería ser lo que había sido antes, el amigo y servidor de todos, sin distinción de partidos. Apenas vió la luz la *renuncia*, cuando cambió completamente la escena: yo volví á ser lo que antes había sido, y los nuevoleonenses, todos, volvieron á ser mis amigos. (Dic. 31-1884)

Tras de esta carta, solo encontramos el *paralelo* que escribió para el *Album* que el Estado de Guerrero formó en honor de Bravo, en que compara á este héroe con el homérico Aquiles, y que mereció ser colocado en primer lugar en el *Album* citado. Es, como dice el Lic. Dávila un «*paralelo á lo Plutarco, y trazado con maestría.*» (4)

Muy jóven era Bravo en esta época [1810], dice en el citado paralelo—y la misma edad tendría Aquiles al fin de la guerra de Troya; y en tan tierna edad ¡que diferencias tan grandes! Parece que se propusieron contraponer los grandes vicios y las grandes virtudes. Oscurecían la mente del uno las negras sombras de la soberbia, de la ira, del rencor, y de un insaciable deseo de venganza: y esclarecían el alma del otro las divinas luces de la benignidad, de la cordura, de la filantropía, de la prudencia, y de una propensión irresistible que tenía á perdonar las injurias.....

Y todo es así, «trazado de mano maestra,» que dijera el Lic. Dávila, y esplende en ese trozo la bella sencillez elegante de su estilo, y la profunda erudición clásica, que sorprende por los detalles tan adecuados y oportunos que individualiza, y por la variedad de sus conocimientos; pues que del poeta heleno salta al sabio Hum-